

MARÍA CAROLINA PLAZA GUZMÁN

CREER

DESDE

tu corazón



Turquesa

Hermosa piedra verde con tonalidades celestes y azulinas, dependiendo de la proporcionalidad de la plata y/o cobre en su composición interior.

Es una piedra sagrada desde la antigüedad, en diversos lugares y épocas de la historia del mundo conocido, no por casualidad.

Según su composición, puede ayudar a generar felicidad, salud física y mental en diversos planos del Ser. La sanación producida es desde la célula y genera bienestar de las emociones que te rondan. Además de elevar tu vibración áurica, mejora las relaciones humanas, absorbe los sentimientos negativos, atrae la suerte y la armonía.

Mi primer libro tuvo como inspiración a la piedra amatista, ya que es un símbolo conocido por su transmutación. En este segundo libro de la saga, elegí esta majestuosa piedra como el símbolo que es: de Sanación y Verdad. Icono del camino recorrido, del despertar y sus consecuencias como fuente de conciencia en amor para mi cuerpo, mente y espíritu.

1. Introducción a la práctica de mi búsqueda

Hace un tiempo visité a mi padre con mis hijos. Ellos de manera curiosa le preguntaron cómo era su mamá cuando era niña. Además de sorprenderme la pregunta, mi papá calló por unos segundos y dijo:

Hace muchos años, su mamá debe haber tenido unos... seis años, de manera muy seria, llegó a mí un día diciendo que tenía que hacerme una pregunta, pero que le contestara con la verdad. Yo ingenuamente le dije que claro, que era su papá y me podría preguntar lo que quisiera. Bueno, ella continúa y me dice: «Papá, ¿Santa Claus existe?». Créanme que me compliqué un poco, pero debía ser sincero si me lo estaba pidiendo.

Y le contesté: «Hija, Santa Claus vive y vive en los corazones de todos los padres que quieren lo mejor para sus hijos. Vive para mantener el cumpleaños de Jesús y el sentido de su nacimiento. Vive para recordarnos para qué estamos aquí».

La verdad es que, hasta ese momento, como hija me parecía tan mágica esta situación, ver a mi padre contando algo tan íntimo a mis hijos y donde, además, yo era la protagonista, aunque no me acordaba nada de nada de su relato tan especial. Sentía cómo me enrojecía en ese momento, pero, a su vez, me imaginaba la seriedad de cómo había sido aquel intempestivo enfrentamiento con mi papá. Pidiéndole verdad. Haber decidido preguntarle eso no debe haber sido fácil. Créanme.

Pero el relato no quedó ahí. Mi querido papá continuaría diciéndoles a mis hijos: «Me sentí tan bien con la respuesta que le di a la gorda —esa soy yo—, sobre todo porque ella se calló por unos segundos. Y yo sonreía como este tan buen padre que le respondía a su hija curiosa. Pero luego ella me mira y me hace su segunda pregunta: “Papá, ¿Dios existe?”».

Cuando mi papá terminó de decir la segunda pregunta, se produjo un silencio. Como que todos conectaron con ese diálogo de décadas atrás. Todos, incluyéndome, sentimos esa contradicción de duda entre la ilusión mágica e ingenuidad de la niñez con la realidad. Cuántas veces debo haber vivido momentos de frustración como este. Se supone que así se crece en este mundo.

Mi papá retomó con gran entusiasmo la historia y textualmente dijo:

La verdad es que, ante tal tamaña pregunta, instintivamente la tomé de la mano y la llevé al jardín de la casa.

—Mi amor, ¿ves el cielo? —me dijo.

Con la ingenuidad de esos años, dije: «Sí». Entonces mi papá continuó:

—¿Ves el pasto y las flores que tanto le gustan a tu mamá?

Nuevamente, le contesté: «Sí, papá».

Tras una larga pausa, él continuó:

—El hombre no tiene la capacidad de crear lo que ves. Ni el cielo ni el sol ni las estrellas... La tierra, la naturaleza, el aire que

respiramos, el agua y tanto más lo creó un ser superior a nosotros, y ese es Dios, el creador o como quieras llamarle. A través de su creación, nos demuestra que algo superior a nosotros existe.

Mi papá recuerda que se generó un profundo silencio, tras el cual regresé a jugar con mi hermano.

Luego de contar este relato, mi papá recordaba con orgullo cómo era yo de niña. Y él, sin saber la búsqueda en que estaba en ese momento, develó quién sigo siendo hasta el día de hoy, desde que decidí nacer con mis padres, en este país, Chile, y con tanto más que marcaría mi crecimiento en esta vida.

Quise compartir con ustedes este hermoso recuerdo de mi vida, que no recordaba y que mi padre, empujado por el destino, compartió con mis hijos, sus nietos. Casi cuatro décadas después, la vida me llevó a buscar las respuestas de las mismas preguntas.

En mi libro *Mirar desde tu corazón* comparto con ustedes cómo fue mi brusco y duro inicio de mi despertar. El proceso de autorreconocerse con duros golpes que me hicieron parar, en búsqueda de explicaciones a lo que mis ojos no lograban ver.

El destino se encarga de ayudarte a tener y encontrar las experiencias de vida para tu evolución como ser integral, con lo que nuestro cuerpo, mente y espíritu necesitan. Nuestra tridimensionalidad no la trabajé en paralelo durante mis primeras cuatro décadas de vida, no era lo que me enseñaron a desarrollar.

La verdad es que, si no fuera por los golpes en la política, la familia, el cáncer y el cansancio de mi cuerpo, la desolación y tanto más que desestabilizó todo lo vivido, no habría buscado más.

Después de un largo y maravilloso camino de dolor y esperanza en el plano material, mental y espiritual, descubrí que, desde mi corazón, era posible encontrar más respuestas.

La vida, el destino, Dios y todos los seres de luz que me acompañaban y me acompañan me guiaron a renacer en el amor y a no hacer lo mismo que durante años venía haciendo: era hora de dar un giro.

La nueva mirada era entender también que aquellas equivocaciones, enfermedades y tanto más que ocurrió eran mis mejores maestros de autocontrol, conocimiento y despertar; ahí estaba el libre albedrío en tantos momentos de crisis y soledad.

Por eso que la historia de mi padre me sorprendió tanto. ¿Cuántas veces las respuestas que encontramos no fueron las que deseábamos o aquellas que nuestra razón o corazón esperaban?

Ahora, luego de tantos años, la vida me estaba haciendo la misma invitación. La tomé, la atesoré y quise compartirla con ustedes.

En estas líneas encontrarás innumerables ciclos de vivencias, sentimientos, experiencias y situaciones que me forjaron e influyeron en la manera de ver los mundos que me rodean. Y, en lo profundo de mis procesos interiores, descubrir lentamente quién soy.

Hoy esas respuestas de mi padre tienen más sentido.

La vida y sus viajes me hicieron conocer muchos lugares: he visto formas de vida, culturas y costumbres diferentes. Tantos lugares como personas, tantas personas como culturas, cada una con sus riquezas y dolores, imposibles de juzgar o simplificar. Todas ellas tienen una especial manera de vivir. Como la mía y la tuya.

Es por ello que iniciar la búsqueda es una opción que siempre debería estar en el menú. Siempre debe haber tiempo para encontrar tu razón de existir. Con ello, descubrirás las diversas dimensiones, que mutan y se transforman según cómo caminemos por la senda de la vida.

Por eso es que quiero recordar lo que compartí con ustedes en el libro *Mirar desde tu corazón*, cuando le agradecí a Dios por esa bendita equivocación que me hizo sentir y pensar que moriría y en todo lo que debía hacer antes de ese momento, todo lo que lloré y todo de lo que me desprendí.

Reconozco que vivía un funeral en vida, donde la adrenalina invadía mi cuerpo como una brisa del mar que enfría, con ese inconfundible olor a humedad y sal. Que por tantos momentos me hacía revivir el miedo y la maravilla de su creación en mi mente, pero ya no era solo por un rato, lo vivía y sentía para luego retomar con fuerza desde mi corazón la vida que Dios me estaba dando.

Le doy gracias, gracias a Él, por este paso a una nueva vida. Así lo sentí y lo siento, cada vez que lo recuerdo desde mi corazón. Cuando miro al cielo, le agradezco al Padre Celestial, pero hoy le pido, como una niña, la ayuda para saber vivir y practicar lo que ha renacido en mí.

2. ¿Soy quien Yo Soy?

Mirarse todos los días con los ojos y el corazón una y otra vez en el espejo que muestra lo que soy, el pasar del tiempo, en lo que me he convertido y sus huellas. Me hace cerrar los ojos, agudizar lentamente mis sentidos, tomar conciencia de mi respiración, inhalando aire que entra lentamente por mi cuerpo y recorre mi interior.

Siento el paso del aire que me armoniza, pero no lo veo.

En un momento colmo mi cuerpo de ese aire nuevo, limpio, que renueva mi energía interior. Luego exhalo y boto el aire que ya cumplió su misión. Junto a repetir una y otra vez la transmutación de ese aire energético que alimenta mis cuerpos y permite mi andar, mi alma se energiza y se expande sin parar.

Mis ojos no ven, pero mi mente trabaja e imagina creativamente y conecta con mi interior, con esa parte de mi ser consciente e inconsciente. Lo intento una y otra vez, y la música —mantra— me envuelve entrando por mis oídos, acompañada de una armonía hermosa que calma mi mente y los sentimientos que confunden mi razón a diario.

Mi piel siente.

Siente la música que acompaña.

Siente el frío de la brisa que me acaricia una y otra vez. Se funde mi cuerpo y mi alma. Siento el calor interior que genera la respiración, mis sentidos al escuchar mi corazón y la velocidad de esa energía que hace constatar, una y otra vez, que existo.

La buena nueva de la vida está llena de sorpresas. Tenía un doctor extraordinario que «se había equivocado» al diagnosticarme una enfermedad grave. No creo en ello de todos modos. No creo en que haya sido una equivocación. Estoy convencida de que esa tremenda prueba fue un gran impulso. Ya había descubierto tantas formas y estilos de vida que desconocía y estaba haciendo que mi mirada fuera diferente a todo.

Las meditaciones diarias, junto con la activación de mi glándula pineal, la dieta balanceada, la toma de agua bendita, además de todos los cambios de vida que ya eran parte de mí, me hacían seguir buscando tanto más que aún no encontraba.

Me sumerjo en tanta información de otros que, como yo, buscaban respuestas con personas con ciertos dones o habilidades, con herramientas como el tarot, runas, numerología, astrología, canalizadores... Reconozco que leí y me informé al respecto, pero llegué a la conclusión de que todos esos instrumentos de información son una opción, un puente, que se debe respetar. Pero el tema central no era ese, el puente o la modalidad. El tema de fondo es cómo vivir y experimentar lo que soy, mi ser, de manera integral.

Y es aquí cuando recuerdo a Jesús cuando decía: «Quien crea en mí no morirá jamás».

Esta notificación no era para mi cuerpo, era para mi alma y espíritu. Entonces debía practicar y profundizar aún más para conectarme con ellas y comenzar.

Entonces, era obvio. Yo tenía que descubrir cuál era mi forma para conectarme conmigo misma.